

del espectador. Se asegura que éste prefiere lo chabacano. Ahora que las circunstancias son absolutamente propias a depurar de una manera definitiva el repertorio, se objeta que el público prefiere lo vulgar, y lo más extraordinario es que se pretende que lo bueno está reñido con lo entretenido y con la efectividad inmediata". O el de Juan Gil Albert: "¿Habremos de unirnos al coro de los que lamentan la desproporción desmesurada entre la vida española actual y los espectáculos deplorables que se sirven para sozlar de esta misma gente que lucha o que, angustiada, espera?". En la misma cartelera madrileña del 28 de marzo de 1939, con 18 teatros, sólo "El Alcalde de Zalamea" y "Los intereses creados" se salvaban de una lista cuya trivialidad podría compararse con la que conoció la capital, en un mismo grado de frivolidad, en vísperas de la guerra civil. ¿Cómo entenderlo? ¿Cómo explicar, primero, la insensibilidad histórica de la escena, y, después de casi tres años de guerra, la incapacidad revolucionaria para generar un teatro consecuente?

Estas preguntas resultan parcialmente aclaradas a través del material reunido por Marrast, amasijo de información y de interrogantes, de historia y de documento crítico. Hoy cargamos muchas de las limitaciones del llamado teatro político a las circunstancias; entonces, en un marco político favorable, apenas se avanzó. Quizá entonces como ahora, simplemente, porque buena parte de los que se interesan por la política y se mueven en el teatro se resisten a penetrar en todo lo que éste encierra como inescapable compromiso poético. ■ J. M.

TEATRO

¡Qué desastre!

Si hace un par de semanas, a cuenta del Brecht del Martín, señalábamos el alza cualitativa de la cartelera madrileña, esta vez el estreno del Alfíl nos da pie para todo lo contrario. Y no porque "Las cien y una noches de bodas" sea, sencillamente, un mal espectáculo, sino porque lo es en términos alarmantes.

Ni el erotismo ni la política podían llegar a menos. Y si el autor del espectáculo, Jaime Portillar, quiere hacer creer al respetable que su obra es el paralelo de la democracia, conviene enmendarle en el sentido de afirmar que cada cual aprovecha la libertad a su manera. Declarar, como se hace hoy en varios espectáculos madrileños, que su zafiedad está en íntima relación con la democracia, y, además, que esto lo digan sus propios autores, equivale a cantar las excelencias del garrote. Algo así como si aprovecharíamos la confianza de un amigo para desvalijarle la casa y luego alegáramos que la culpa era suya por fiarse de nosotros y del Gobierno por no ponernos un vigilante a cada lado. En épocas pasadas, nadie hubiera sabido, desde luego, cuáles eran las ideas dramáticas de Jaime Portillar. Ahora las sabemos y, sin más atribución que los nombres citados en el programa, las declaramos pueriles y penosas.

El "motor" del espectáculo es, en realidad, una pregunta, que parece robada a cualquiera de las nuevas revistas porno:

¿cómo pasaron su noche de bodas los "famosos"? Y en lo de "famosos" entran desde los líderes políticos a los artistas de cine, pasando por deportistas y estrellas de televisión. Rarisima vez asoma el ingenio, suponiendo que quepa ante una pregunta de ese calibre; con frecuencia llega a desconcertarnos la torpeza del texto, la inexistencia incluso de la sal gruesa del chiste.

En cuanto a lo que podría llamarse la forma "teatral", está en perfecta consonancia con el texto y con las ideas que lo animan. Es difícil imaginar gente con menos encanto para actuar en el escenario, menos preparada técnicamente para la canción y para el baile. También los dos elementos escenográficos permanentes, pintura de un amasijo de pechos y pechos, se ajustan con desdichada perfección al tono general del espectáculo. ¿Y qué decir de la musiquita y de su triste reproducción mecánica?

Sería muy fácil enumerar los múltiples errores del espectáculo y ensañarse en ellos. No es ese el caso. Lo que importa es recalcar que "Las cien y una noches de bodas" viene a ser algo así como la versión pobrísima de una fórmula, sexo-política-desnudo, que anda flotando entre nosotros y que ha encontrado ahora, involuntariamente, la más cruel de las parodias. Los aplausos de un sector del público eran, sin duda, inquietantes, porque daba la impresión de que eran espectadores populares, quizá atraídos por el título, a cuya formación teatral mal puede ayudar un espectáculo como este. ¡Cuántísimos problemas debiera plantearle al Ministerio de Cultura un fenómeno subteatral como el del Alfíl!

Durante estas mismas páginas hemos aplaudido muchas veces la tarea de este local, dirigido por Angel García Moreno. Durante varios años ha sido, en realidad, la sala donde se acogían muchos de los mejores intentos de nuestro joven teatro. Incluso albergó un importantísimo Festival Internacional, minimizado por quienes sólo se atienen al fulgor estelar de sus participantes. Ahora, corroborando lo que sucede en el Alfíl desde hace unos meses, el local ha dado un paso más —esperemos que no sea definitivo— hacia el Infierno. Que tal paso no ha debido gustar nada a los gestores de la sala es evidente. Lo cual es tanto como decir que, también aquí, una empresa privada, falta de todo apoyo estatal, acaba de lanzar la toalla para intentar salvar la vida... Pero, ¡qué vida, Señor! ■ JOSE MONLEON.

CINE

Peligro de muerte para "Sonámbulos"

Cuando se tiene la impresión de que, cinematográficamente hablando, estamos en el mejor de los mundos posibles, surge, inopinada, brutalmente, la realidad. Es cierto que frente a esos años negros que hemos vivido con la ansiedad de una imagen fresca, de un título mítico, de una cierta cordura y, paralelamente, con una de las más insostenibles penurias culturales de los siglos, estos últimos tiempos parecen milagrosos: aquel cine extranjero viene proyectándose con normalidad (aunque con relativa normalidad). La angustia ahora se traduce en la imposibilidad de consumir en fracciones de segundos lo que no se pudo ver a lo largo de años. La angustia de digerir, descolocadas de su tiempo preciso, una serie de películas que ahora pueden llegar a confundirse, a desvalorizarse, a morirse rápida y definitivamente), y el cine español se viene planteando unos temas impensables hace escaso tiempo. El cine español cita al menos las cuestiones que en la calle se trataban desde siempre pero que, con la brutal diferencia organizada entre lo oficial y lo real, nunca podía imaginarse en una panta-

Rafael Alberti y Margarita Xirgu con los actores de "Fermín Galán".

